

á menor distancia de 150 metros; puede colegirse el valor que en aquellos lugares tendrán el aseo personal y la limpieza pública.

En estos últimos días, las autoridades han visitado el barrio y han hecho sacar y destruir gran cantidad de trapos; la medida no puede ser, en el concepto higiénico, más elemental y deficiente.

Lo que hace falta es sanearlo, concluir, en primer término, la alcantarilla, haciendo desaparecer el arroyo de aguas fecales, girando continuas visitas para impedir que la miseria y el abandono formen montones hediondos; llevando los beneficios, siquiera rudimentarios, de la policía urbana, para suprimir las cloacas ó depósitos de inmundicias, dando, en fin, condiciones de vida á lo que hoy es un antro que puede convertirse en foco generador de emanaciones de muerte.

Cerca, muy cerca del grupo de casas que motiva estas consideraciones, se hallan es-

tablecidas las fábricas de aserrar maderas del Sr. Correchel y la magnífica de papel del Sr. Santa Ana, al pié de la cual, por cierto, han formado las aguas una inmensa charca pantanosa susceptible de desarrollar intermitentes á la evaporación por los calores; pues bien, si se preguntara á aquellos respetables industriales su opinión respecto al *Barrio de las Injurias*, seguramente manifestarían que tal como se halla constituye un sério peligro en toda ocasión para la salud pública y que con una poca de buena voluntad por parte de las autoridades locales, podría conseguirse mucho en favor de aquel desdichado vecindario, en primer término, y para todo el de la capital después.

Se hace necesaria una rápida y enérgica campaña higiénica: hé ahí uno de los medios más eficaces para combatir el cólera.

Un dato para concluir.

En el *Barrio de las Injurias*, sólo se ha

registrado un caso sospechoso desde que la epidemia tomó carta de naturaleza entre nosotros.

Esto, no por parecer absurdo, deja de ser rigurosamente exacto.

De manera que en el *Barrío de las Injurias* no hay, afortunadamente, cólera morbo.

En cambio hace ya mucho tiempo que está invadido por el cólera municipal.

26 Julio 1885.

La calle de San German

Hasta hace pocos años, la calle de Hortaleza, que como la de Fuencarral, tiene su arranque en la Red de San Luis, terminaba en la Puerta de Santa Bárbara, desde cuyo punto daba comienzo el Paseo de Santa Engracia.

De igual manera, la mencionada calle de Fuencarral tenía por límite la Puerta de Bilbao, en la cual se iniciaba el camino de la Mala de Francia, que si no estamos equivocados, lleva actualmente el nombre de Paseo de Bravo Murillo.

Ambas puertas han desaparecido: Ma-

drid vivía opreso entre los vetustos muros de la villa y haciendo ceder á su empuje aquella débil barrera, no se satisfizo con menos que extenderse mucho más allá de los límites que tímidamente quiso marcarle en 1847 el proyecto del señor Merlo.

Aquellos terrenos lindantes con la capital y que formaban extensos eriales ó accidentados barrancos, fueron convirtiéndose rápidamente en bulliciosos centros de población, con elegantes edificios, vastos establecimientos industriales, posesiones de recreo y hasta pequeñas granjas de labor que trasformaron por completo su primitivo aspecto, proporcionando pingües ganancias á los que vendieron por piés cuadrados lo que habían adquirido por fanegas y augurando brillante porvenir á toda la parte Norte de la zona de ensanche.

Hasta la Glorieta de Quevedo, punto en que bifurcan los Paseos de Santa Engracia

y de Bravo Murillo, el aspecto de las edificaciones ofrece cierta regularidad, y aparte de las primitivas casas del barrio de Chamberí, las modernas guardan analogía con las del casco de la capital.

Desde dicha Glorieta, y siguiendo la prolongación del Paseo de Bravo Murillo, se va directamente á los Cuatro Caminos, espaciosa plazoleta circular, á cuya izquierda se halla establecido el fielato y lugar que determina el límite de la zona de ensanche.

En oposición á lo que sucede en las demás afueras de Madrid, la línea que enlaza á los Cuatro Caminos con las alturas del Hipódromo, está desprovista de *Ronda*; y no porque no se halle abierta y explanada la vía desde 1864, sino porque se ha considerado más cómodo ó más barato dejarla en aquella situación para regocijo de los chiquillos que se revuelcan entre las malezas que la cubren y desesperación del *Vivero* municipal, que tiene la ri-

dícula pretensión de que sus árboles sirven para algo.

Poco más allá del punto de partida de la proyectada *Ronda* y en la misma dirección está la calle de las Virtudes, extensa línea en *zig-zag* que presenta una série de edificios, tras de los cuales se oculta un barrio populoso.

La construcción de aquel barrio no ha obedecido á un plan estudiado ni á alineación alguna en que hayan tenido, oficialmente al menos, la más pequeña intervención los arquitectos municipales.

Los propietarios, por acuerdo tácito, ó por el sentimiento intuitivo de lo útil y necesario, han formado manzanas de casas, limitadas por calles medianamente anchas y casi, casi, rectas, á las cuales han dado los nombres que han tenido por conveniente.

Establecido el barrio en una pronunciada depresión del terreno, las mencionadas calles, es decir, las que son paralelas á la

de las Virtudes, vienen á formar una série de anchos escalones, el último de los cuales termina en una explanada que en gran parte ocupan un tejlar, varias charcas para obtener hielo y una laguna pantanosa de muchos metros de extensión, que alimenta las lluvias y que los rayos del sol transforma en miasmas deletéreos.

Aquella disposición en anfiteatro que tienen las calles del barrio dá á estas últimas inmejorables condiciones de insalubridad: encajonadas las aguas llovedizas en aquel lecho arcilloso, lo convierten rápidamente en un fangal que envuelve y descompone cuantas materias arroja en ellas el vecindario; y como ni hay alcantarillas, ni vertedero alguno de aguas fecales, ni ha rodado jamás sobre aquel piso carro alguno de los destinados á la limpieza de la vía pública, resulta que los habitantes de las calles de Hernani, San Luis, San Eugenio, Don Quijote y otras varias, que figuran como las más importantes,

han de extremar individualmente los procedimientos de limpieza, ineficaces las más de las veces para evitarse emanaciones pestíferas y espectáculos repugnantes.

Y no se crea que el barrio de que nos ocupamos tiene semejanza alguna, en sus condiciones generales, con los de las afueras al Sur de Madrid: nada de eso. Hay en él no pocas casuchas súcias y miserables, pero por punto general dominan las edificaciones modernas, y hasta hay algunas de tan correctas formas exteriores, que no desdeñarían contener los más céntricos cuarteles de la coronada villa.

Aparte de una fábrica de papel pintado, no sabemos que haya en el barrio establecimiento alguno de importancia: en aquellos edificios habitan obreros, trabajadores, pequeños industriales, matuteros y gentes que se dedican á explotar corrales de aves y de ganado de cerda, situados en las inmediaciones. Hay, como en todos los centros de numerosa población, *casas de*

vecindad, y algunas vimos en la calle de las Virtudes y de San Eugenio: en esta última existe un edificio moderno en el que residen unos sesenta vecinos; pero en honor á la verdad debemos reconocer que allí la vida no es tan precaria y miserable como podría sospecharse, teniendo en cuenta la aglomeración de personas que representa aquella cifra.

El barrio, pues, que á pesar de hallarse en una hondonada, de no tener más que una fuente, de carecer de alcantarillas y de contener una parte de población que por las industrias á que se dedica lo rodea de focos insalubres, tendría medios fáciles de combatirlos, ayudado por su orientación, si llegase hasta él la acción municipal, proporcionándole siquiera los elementos más rudimentarios de saneamiento y limpieza.

Pueden los habitantes del barrio de los Cuatro Caminos resignarse á ignorar qué cosas son aceras, á carecer en absoluto

de empedrado, á no tener de noche más que el antiguo alumbrado de aceite encerrado en viejos y destartalados faroles; pero necesitan, y son acreedores á obtenerlo muy pronto, agua en abundancia, barrenderos que limpien sus calles, alcantarillas que recojan lo que se vierte en la vía pública y medios para evitar que la basura, el fango, los depósitos de trapos, la turba de los tejares y las emanaciones de las cloacas conviertan en un foco de infección una localidad que hace por sí sola cuanto puede para impedirlo.

Pero ¿y la calle de San German? preguntarán con razón nuestros lectores: en efecto; hemos tardado mucho en llegar á ella; tanto casi, como trabajo nos costó hallarla, pero algo menos sin duda, del tiempo que es necesario emplear para recorrerla en toda su extensión.

La calle de San German se halla, próximamente, á una distancia de quinientos metros de los Cuatro Caminos y tiene prin-

cipio en la carretera que conduce á Te-tuan, formando esquina con la fábrica de pan de *La Cérés*.

Aparentemente pone término á la calle un edificio construido todo de ladrillo, denominado el Convento Viejo. Desde este caserón, en adelante, la calle es puramente imaginaria. Un extenso terreno de sembradío intercepta la alineación, que á través de varios barrancos reaparece á doscientos metros de distancia para terminar en una tapia de fábrica que forma la cerca del tejar llamado de *Patolas*.

Apoyada en el límite de aquella cerca hay una línea de casuchas de humildísima apariencia, cuatro, de piso bajo, con mezuquinos y súcios corralillos á la parte posterior.

En el momento que nos aproximábamos á aquel grupo de madrigueras humanas, se desencadenaba ayer tarde la tempestad con horroroso estrépito y descargando las nubes violentas cataratas: por

el incierto sendero del sembrado rodaba penosamente un carruaje negro, una especie de cajón con ruedas tirado por dos vigorosos caballos y conducido por tres ó cuatro hombres vestidos con el lúgubre uniforme de *La Funeraria*: era el carro de los muertos; el coche fúnebre que la municipalidad de Madrid concede á los últimos restos de la indigencia.

Instintivamente saludamos, al pasar cerca de nosotros, á aquella triste comitiva, apresurando el paso para aproximarnos á un grupo en que se divisaban dos guardias de orden público y varios hombres del pueblo.

A la puerta de uno de los casuchos anteriormente indicados, se hallaba de pié y llorando un anciano de mísera apariencia; tres ó cuatro mujeres le rodeaban procurando consolarlo.

Los guardias de orden público nos explicaron los motivos de aflicción que tenía el desdichado viejo: el carro que había-

mos visto conducía el cadáver del que debía ser su yerno; era un joven de 23 años, soldado, que hacía un mes había obtenido licencia ilimitada y que trabajaba, como hábil cortador, en el tejear vecino. Hace cuatro días fué atacado del cólera y ayer á las diez de la mañana falleció con el dolor de haber trasmitido la epidemia á la que iba á ser su esposa, á una niña de 3 años, hermana de ésta, á un hermano suyo y á la mujer del anciano que lloraba tantas desdichas.

La familia de este infeliz la constituían seis personas: todas ellas habitaban en dos piezas de proporciones tan reducidas que racionalmente las dos apenas servirían para un solo individuo.

Cuando llegamos, la madre de la novia, espirante sobre un jergon puesto en un tabladillo, hacía esfuerzos penosos por acercarse á su hijo menor, moribundo en otro jergon al pié de la cama; en la casucha inmediata se hallaba, también con los sínto-



mas precursores de la muerte, la hija mayor, trasladada á aquel punto por la voluntad de las autoridades; cuadros de conmiseración y horror que nos refirieron, pues los agentes del gobernador nos impidieron verlos en cumplimiento de su deber, pero con formas respetuosas y cortes.

Apartando un instante la vista de aquel lugar de desdichas, hicímonos cargo de la situación de la localidad, desde la puerta de una taberna establecida en otro grupo de casas, colocado en ángulo recto respecto á las primeras.

Vimos al frente el barranco; á la derecha el corral del *Jorobado*, criadero de cerdos, que viven entre montañas de basura; á la izquierda la Vereda de Postas, erial lleno de baches y barrizales; á alguna distancia, hacia el Norte, el Canalillo, aguas de que se surten los cuarenta vecinos de que consta aquel desprendimiento del barrio de los Cuatro Caminos... No fué nece-

saria larga meditación para explicarnos el terrible y doloroso drama que se estaba desarrollando junto á la cerca del tejlar.

La miseria, el hacinamiento, la ausencia absoluta de la higiene: hé ahí los factores más poderosos de la epidemia.

El cólera los ha aprovechado; pero el cólera tenía ya poco que hacer en aquel foco horroroso de infección situado al extremo de la calle de San German.

28 Julio 1885.

El barrio del Sur.

Un profundo observador, cuyo nombre es para nosotros un secreto, ha dicho, ignoramos en qué ocasión, que los ingleses, tan pronto como descubren un país, edifican una Bolsa, los franceses un teatro y los españoles una iglesia.

No discutiremos la mayor ó menor exactitud de este juicio, que pretende establecer, con la mayor simplicidad posible, las naturales inclinaciones de aquellos pueblos y hasta medir de soslayo, quizás, su respectivo nivel intelectual y el grado de prosperidad que debe proporcionarle la índole peculiar de sus aficiones.

Pero sacando de aquel aforismo la deducción que á nuestro propósito conviene y aplicándola con alguna exageración á los gustos dominantes en ciertas clases ínfimas del vecindario externo del casco de Madrid, pudiéramos decir que allí donde los madrileños edifican un cementerio, surge á los pocos días en sus inmediaciones y como por encanto un ventorrillo.

Levantóse en la calle del Sur, por el año de 1825, el Camposanto de San Nicolás; posteriormente fué construído á su derecha el de San Sebastian, y tanto para refugio de los trabajadores de las próximas yeserías como para alivio, en sus penosas tareas, de los acarreadores y guardianes de los muertos, fuéronse alzando en las inmediaciones miserables casuchas destinadas á la doble especulación de despachar vino y de albergar obreros.

Más tarde vino la poderosa iniciativa del difunto marqués de Salamanca á imprimir nuevo carácter y extraordinario

desarrollo á la localidad con la construcción del ferro-carril entre Madrid y Aranjuez, iniciación afortunada de la línea del Mediodía, y por consecuencia, de la red general de nuestros caminos de hierro.

Entonces sucedieron el movimiento, la animación y el ruido á la sombría tranquilidad que gozaban los habitantes de aquella zona; y al calor de las locomotoras, al impulso del vapor, formóse un pueblo de obreros que en corto plazo necesitó ancho espacio para concentrar en él las más indispensables necesidades de su vida.

Estos son, en primer término, los orígenes del barrio del Sur, que será hoy objeto de nuestras consideraciones.

Se halla este barrio á la derecha de la estación del Mediodía, sobre un elevado cerro y teniendo natural acceso por el *Paseo de las Delicias*.

La izquierda de esta entrada es una prominencia en que sobre terrenos de la condesa de Bornos ha edificado una pe-

queña casa un conocido arquitecto de la capital. En el mismo sentido, en línea recta y con ligero declive, sigue la calle del Sur con una doble línea de árboles, edificios de pobre aspecto y en general de un solo piso á la izquierda, y de casas menos humildes, en la apariencia, á la derecha. Los primeros llegan hasta el núm. 85, las segundas sólo alcanzan al 22, diferencia que se explica por la situación de los dos cementerios en el último tercio de la vía, de una extensa plazoleta que pone en comunicación á la primera con la calle del Ancora y del *Chalet* que descuella entre frondosa arboleda y sirve de entrada á la fábrica de serrar maderas del Sr. Ureña.

Este edificio pone término á los de la calle del Sur y sirve de punto de partida á un extenso campo de sembradura, en cuyo fondo se divisan la fundición de hierro del Sr. Zárate, la fábrica de baldosín del señor Zaldo, y la de yeso, paralizada ahora, del Sr. Porrúa.

Ya á campo raso y más á la derecha, se halla la línea del ferro carril de circunvalación, dejando entre ella y la estación de las Delicias, un espacioso terreno triangular cubierto por numerosas parcelas de huerta.

En tiempo seco no se hace molesto el paso hasta las mencionadas huertas, pero en las épocas de lluvias debe suponerse que estará intransitable, pues ahora mismo, con motivo de las últimas tormentas, hay en las violentas depresiones del terreno anchas lagunas que esperan evaporarse al influjo de los rayos del sol.

La línea izquierda de la calle del Sur ofrece á la simple vista accidentes muy curiosos. Las primeras casas tienen servidumbre directa á la calle, por lo que metafóricamente pudiéramos llamar fachada principal. A continuación hay unas cuantas que ponen en tortura la imaginación de quien las examina, por la imposibilidad de darse cuenta de como entrarán en ellas

sus habitantes. Después está la casa llamada de *Pan-Duro*, señalada con el número 16, si mal no recordamos, en que residen unas 150 personas. Luego se ven otros edificios, al parecer, sin puertas, que terminan en un portillo que, por un puente, pone en comunicación á los obreros del ferro-carril con el barrio; hállase más allá la casa núm. 75, de sólo un piso bajo, con 16 puertas, cada una de las cuales supone una habitación, y en cuyo patio se halla establecida una fábrica de cerillas; y por último, á lo largo de otros edificios de construcción análoga, se encuentra el establecimiento de pirotecnia del Sr. Alexandre, junto al cual y como remate de la vía está la casa de vecindad de D. Salvador Pastora.

Este edificio, que no ofrece particularidad alguna en su aspecto exterior, tiene sin embargo de notable, que en el interior le forman tres diversos cuerpos separados por varios corredores ó calles, con peque-

ñas habitaciones á derecha é izquierda. Nosotros llegamos á contar hasta cuarenta y seis viviendas, cifra que supone igual número de vecinos, muchos de los cuales constituyen familias numerosas, todas pertenecientes á las clases obreras.

Aquellas habitaciones, relativamente desahogadas para gente humilde, constan de una sala cuadrada de dos metros por lado; dos alcobas de siete piés una y la otra de seis, en sus líneas más extensas, y una pequeña cocina.

La extrema derecha del barrio la forma la calle del Áncora, donde se hallan las nuevas casas de Lacy, con innumerables vecinos, el Lavadero con dos edificios accesorios, llamados nuevo y viejo, y antes de llegar á estos lugares una espaciosa casa, donde se hallan establecidas las escuelas municipales.

Es, por consiguiente, el barrio del Sur, extenso y populoso, no bajando de seis mil el número de los habitantes que resi-

den en la parte de la demarcación que acabamos de reseñar.

En todo este relato, á que nos obliga la determinación exacta de la localidad, nada encontrarán nuestros lectores que merezca fijar su atención y que justifique el tiempo que le habremos obligado á invertir en su lectura.

Pero hay algo que nos resta añadir, merecedor de atento examen; de parte del vecindario, para que juzgue de las condiciones higiénicas que tienen las avanzadas de la capital de la monarquía; de las autoridades, para que no se manifiesten sorprendidas si un día, por desgracia, resultan impotentes sus esfuerzos enfrente de la epidemia que empieza á castigarnos.

Entre el plano en que radica la estación del Mediodía y el del barrio del Sur, hay una anchísima cortadura que forma un largo barranco de unos 20 metros de profundidad.

Por el fondo de este barranco se preci-

pitán en caudalosa corriente las aguas de la alcantarilla general. Esta, que recoge los desprendimientos de la mayoría de los vertederos de Madrid, y que deriva, casi en línea recta desde el Hospital General, va oculta por debajo de las antiguas huertas de Bornos, queda al descubierto corto trecho después y termina al pié de la casa núm. 45, es decir, á una extensión lineal de 200 metros próximamente.

Desde ese punto las aguas fecales de Madrid no siguen otro cauce que el lecho fangoso del barranco, y van á fertilizar, directamente, varias huertas situadas al pié de los talleres del ferrocarril y por diversos canalillos á las situadas hácia el lado de la estación de las Delicias.

De este modo se establece en el barrio una red de arroyos, unos subterráneos, otros al descubierto, que saturan el ambiente de emanaciones infecciosas, susceptibles por sí solas de producir enfer-

medades epidémicas en determinadas épocas del año.

Hay de grave, además, que los edificios sin puertas á la calle del Sur, que nos llamaron la atención, son casas que la empresa del ferro-carril tiene cedidas á los trabajadores dedicados á la recomposición de la vía; aquellos edificios, que coronan el borde del barranco por cuyo fondo corren las aguas fecales de Madrid, son necesariamente humildísimos, en algunas de sus habitaciones se albergan familias compuestas hasta de seis ó siete individuos teniendo sus respectivos vertederos por mezquinas atarjeas, varias de las cuales arrojan las aguas en la cortadura mucho antes de llegar al nivel del pestilente rio que se desborda por la alcantarilla general.

Aquellos obreros, que han de llegar á su albergue precisamente bordeando el barranco; aquellas otras familias que habitan las demás casas de la línea izquierda

de la calle del Sur, viven, por consiguiente, aspirando sin cesar el vaho mefítico de aquel inmenso laboratorio de inmundicias que se revuelven á sus piés; del fondo de aquella turbulenta cloaca germinan columnas invisibles de pestilencia que exparcen en la atmósfera, hasta larga distancia, los principios generadores de las enfermedades infecciosas.

Hoy, méditenlo las autoridades, aquel inmundo barranco no es más que un foco de insalubridad que el azar no ha convertido todavía en arsenal de la muerte; mañana, quizás, constituya poderoso centro de destructora acción que extienda su devastadora influencia desde el barrio del Sur hasta el corazón de la coronada villa.

Para concluir.

Junto al barranco había una mujer.

—¿Qué nombre tiene este barranco?—la preguntamos.

—No tiene nombre,—nos contestó,—pero

empieza á llamársele el *Barranco del cólera*.

Un hombre á quien luego hablamos, nos dijo también:

—¡Pues, si viera Vd.! Esto ha cambiado mucho; los malos olores son antigüísimos. Hoy casi no huele.

A lo cual contestamos, recordando cierta pieza cómica hace años no puesta en escena:

—Este hombre debe tener la nariz desorientada.

30 Julio 1885

La Ronda de Segovia

¿Será verdad que Madrid tiene alcantarillas?

Hé ahí una pregunta que nos dirigimos el viernes por la tarde, momentos después de sorprendernos en la primera rampa de la Cuesta de la Vega, la rápida, pero violentísima tormenta que descargó sobre la capital.

Porque, en efecto; sólo no habiendo alcantarillas ó careciendo de husillos ó no estando éstos distribuidos y calculados de manera que cumplan el objeto á que se les destina, tendría explicación el fenómeno

de convertirse en rios caudalosos primero, y en turbulentas cataratas después, las avenidas de aquel lindo paseo.

Deslumbrados por los relámpagos, envueltos en la tromba que el huracán y la lluvia formaron. repentinamente, y temerosos de que el ímpetu de las aguas fuese más poderoso que nuestros esfuerzos, ganamos apresuradamente la calle de Bailén, para dar tiempo á que se disipara la tormenta, é intervalo á nuestra memoria, á fin de que nos recordase distinto camino que nos condujera al lugar de nuestras investigaciones.

La reflexión fué corta; el Pretil de los Consejos parecía invitarnos á llevar á cabo la proyectada expedición y la emprendimos valerosamente, descendiendo hasta la calle de Segovia por la de la Ventanilla, estrecha vía escalonada que termina al pié del Viaducto y que tiene por hermana gemela, en sentido opuesto, la *Cuesta de Ramón*, despeñadero municipal bordeado

por festones de *reigras* y arbustos en miniatura.

Al pasar bajo el extenso tramo del Viaducto, dedicamos un recuerdo á los suicidas.

No quisimos detenernos para examinar la calle de San Lázaro y la Cuesta de los Ciegos, que una enfrente de otra y formando entre sí un ángulo obtuso, más parecen con sus escalones de guijarros, las hierbas que entre éstos brotan y las basuras que las salpican, barrancos de un villorrio que centro populoso de un distrito de la capital de la monarquía.

Algo más allá, en la acera derecha, hay desde hace algunos años un inmenso montón de escombros, de entre los cuales surgen á intervalos vigas que formaron techos, cuevas que debieron ser viviendas, maderos hacinados y materiales enmohecidos; aquello es resultado en parte de un derribo, y en parte también de un hundimiento. No puede ofrecerse á la vista nada



más sucio y repugnante, y más desconsolador tampoco, pues de completarse el derribo, hay la opinión de que vendrían á tierra las casas que se apoyan en aquellas ruinas; es, por consiguiente, probable que pasen algunas generaciones antes de que se limpie de escombros el terreno.

Al llegar á la desembocadura de la calle de Segovia, y marchando en línea recta por el camino que conduce al puente, lo primero que llama la atención es una cortadura del terreno, en que desemboca la alcantarilla general.

Fórmanla tres tramos, á manera de cascada y vierte el raudal de sus aguas al pié mismo de la línea del ferro-carril de circunvalación, ocultándose bajo la vía para reaparecer de nuevo, al descubierto, en los linderos del puente; desde allí forman las aguas fecales abundante arroyo, que sigue tortuoso curso hasta confundirse con la corriente del Manzanares. Desde la primera sección descubierta, y después

desde el mencionado arroyo, parten numerosos canalillos que fertilizan copiosamente los numerosos huertos situados en las inmediaciones; pero si estos arroyuelos, poco limpios necesariamente, pueden en cierto modo reportar beneficio á los propietarios de aquellos terrenos, en cambio el corte inconcebible de la alcantarilla á la entrada misma de Madrid, en contacto con la vía férrea, inundando de emanaciones infecciosas al numeroso vecindario que habita en los alrededores, constituye un cargo severísimo para las municipalidades que por evitarse un gasto calculado en poco más de 15.000 pesetas, vienen consintiendo que el vertedero de la Puerta de Segovia sea perenne foco de miasmas insalubres y generador constante de pestilencia insoportable.

La incuria es tanto más censurable cuanto que uno de los propietarios de terrenos situados á la izquierda de la alcantarilla, en la línea del camino del puente,

hizo donación graciosa al Ayuntamiento de 164.000 piés cuadrados, con objeto de que explanando terrenos, trazando calles y llevando á aquel punto los beneficios de la urbanización, pudiera tener el ensanche, por aquella parte, el desarrollo á que parece naturalmente llamado, toda vez que es la única zona de Madrid que neutralizando los inconvenientes de su situación topográfica, ofrece frondosa arboleda, abundante vegetación y pintorescas praderas cubiertas de verdura.

El ayuntamiento ha correspondido á aquella generosidad dejando sin cerrar los dos tramos más importantes de alcantari-lla, privando de policía urbana el naciente barrio del ensanche, en que hay ya varias casas de elegante y sólida construcción, y consintiendo que la línea férrea, tendida al lado mismo de la Ronda de Segovia, haya impedido que aquel paseo constituya la parte avanzada de la moderna población. Verdad es que los primitivos estudios de

ese ferro-carril establecían su paso por la otra márgen del rio, del lado de la huerta de Goya; pero sin duda se ha considerado más util llevarlo por el sitio en que se halla, con objeto de que algunas edificaciones se apoyen casi, casi, en las mismas traviesas y de que todas las inmundicias y basuras arrojadas en las cercanías cubran con asquerosa corteza los taludes que dan desarrollo á la vía.

Un corto trecho de túnel vencería con facilidad estos y otros muchos inconvenientes que ofrece aquella sección del camino de cintura; pero dudamos mucho que las compañías se decidan á acometer la obra, y más aún que se las obligue á realizarla.

La Ronda de Segovia, propiamente dicho, tiene principio á la izquierda de la calle del mismo nombre y termina en la Puerta de Toledo.

Su primera sección la forman, además de un establo y de un lavadero cubierto situado en la falda del Peñón de las Visti-

llas, varios edificios de tres pisos, modernos casi todos y de apariencia decorosa.

Son casas de vecindad en que las familias de cortos recursos encuentran en sus habitaciones interiores albergue relativamente desahogado.

La última está señalada con el núm. 27 y á su pié se inicia una glorieta por donde torciendo bruscamente á la izquierda continúa la *Ronda de Segovia*; por la derecha, siguiendo la línea del ferro-carril va el *Paseo de los Melancólicos*, y en el centro, formando ángulo con la primera, se inicia el *Paseo Imperial*.

La casa núm. 27, anteriormente indicada, es un edificio muy moderno, de elegante fachada y de proporciones correctas. Sus habitaciones, con especialidad las que corresponden al exterior, reúnen todas las circunstancias que son exigibles en los edificios de construcción reciente; las familias que en ella residen, aunque de modesta posición, no carecen de ciertas ven-

tajas extrañas para clases más humildes; sin embargo, en el piso segundo de ese edificio y en el trascurso de pocos días han ocurrido en una misma familia cuatro invasiones coléricas, tres de las cuales han ocasionado igual número de víctimas.

La cuarta corresponde á una señora, que se halla gravemente enferma y en aislamiento completo con relación al resto de la vecindad, pues para conseguirlo ha establecido en el piso el gobernador una pareja de guardias de orden público.

Siguiendo el mismo camino de la *Ronda* y dejando atrás varias casas de humildísima apariencia, se llega á la que lleva el número 7, triplicado, antiguo, en que se halla establecido el *Lavadero de la Paloma*.

En este edificio, formado por cuatro ó cinco cuerpos distintos y superpuestos, que aprovechan en su construcción los accidentes del inmenso talud que separa á la *Ronda* de la *Cuesta de las Descargas*, se albergaban hasta hace pocos días cerca de

noventa vecinos, es decir, una población poco más ó menos de 370 habitantes.

Cuáles serían las condiciones de vida que allí tenían aquellas familias puede presumirse con decir que las autoridades han hecho desalojar cuarenta de las habitaciones ocupadas, á fin de evitar, hasta cierto punto, el hacinamiento é impedir en lo posible que el cólera continúe haciendo presa en aquel montón de carne humana.

La línea derecha de la *Ronda*, cubierta en parte por edificios viejos y de pobre aspecto, en general, termina con dos paradores, el último de los cuales forma esquina con la calle de Gilimón, verdadero barranco en que se alzan unas cuantas casas de apariencia todavía más mezquina que las anteriormente citadas.

Dicha calle conduce al Paseo Imperial, al lado del cual se halla, en una hondonada, el célebre Parador del Fraile, destartado conjunto de edificios destinados principalmente para albergar ganado de todas

las especies y con particularidad vacuno, del que una gran parte va á proveer las carnicerías de Madrid, pasando previamente por el Matadero.

El término natural de la calle de Gili-món es la estación del ferro-carril conocida con los diversos nombres de *Estación de Madrid*, *Estación Imperial* y más vulgarmente por el de *Estación de las Pulgas*. Esta denominación la debe, sin duda, al gran número de basureros que hace algunos años se hallaban en aquellos sitios y de los que todavía pueden señalarse algunos ejemplares. Ahora, según testimonio de un vecino, los basureros que subsisten no parece que produzcan pulgas; pero, en cambio ¡y cuidado con el cambio! se desarrollan con gran facilidad otras familias de insectos, mucho más antipáticos todavía que los que han dado celebridad popular á la estación del camino de hierro.

La demarcación de la *Ronda de Segovia*

es extensísima, hallándose diseminados en todas direcciones y con escasa regularidad muchos edificios, notables algunos por las circunstancias especiales que en ellos concurren.

Hay, por ejemplo, en las inmediaciones del primer estribo del Puente de Toledo, en el paseo llamado de *Las Cambronerías*, las casas números 2 y 6, habitual albergue de familias de gitanos. En tiempo de fiera en pueblos próximos, el número de habitantes es reducido; pero en las épocas en que el *chalaneo* escasea, se forman en aquellos edificios, conocidos por *Las Casas Negras*, una especie de aduar, en que se reúnen á veces hasta cerca de cien individuos.

Al comienzo del *Paseo de los Melancólicos* tropieza la vista con dos caserones, llamado el primero *El Fabricón*, y el otro la *Casa de la Confianza*; este último nos pareció que no merecía toda la que le dispensa su título, pues la pobreza de sus vi-

viendas y el gran número de personas que le habitan, inspiran, por el contrario, desconfianza extrema acerca de sus condiciones de comodidad y aseo.

En conjunto, la zona de la *Ronda de Embajadores* que tiene principio en la glorieta, frente á la casa núm. 27, dá una triste idea de los arrabales de Madrid.

El aspecto es miserable y el abandono en materias de policía urbana absoluto. Las casas de vecindad son en todas ellas muy numerosas y sus condiciones higiénicas casi nulas. De manera que estas circunstancias, en cuanto á la *Ronda*, y las vertientes descubiertas de la alcantarilla general, respecto al ensanche, dan á esa parte de las afueras de Madrid, condiciones de insalubridad incomparables y elementos siempre disponibles para que se fomenten con facilidad todas las enfermedades infecciosas.

Dos detalles, para concluir; en la carretera de Andalucía y enclavado entre los

términos de Madrid y de Villaverde está el *Corral de la Sangre*, fábrica ó cosi así, á que un industrial francés traslada la sangre de las reses vacunas sacrificadas en el Matadero, para convertirla, por un procedimiento de su invención, en guano que encerrado en cajas exporta al extranjero.

El olor que en muchas ocasiones se produce en el *Corral de la Sangre* es insoportable; gracias á que está lejos, pues de de otra manera hubieran de pasarlo muy mal los vecinos de aquellas afueras.

Al terminar nuestra visita, cuando nos disponíamos á regresar á Madrid, por la Puerta de Toledo, un individuo, avecindado en aquellas cercanías, nos hizo una revelación sumamente curiosa.

—Pasado el puente,—dijo—hay unos corralillos, cuyos cobertizos son de quita y pon; en esas casuchas viven no pocas familias pobres; pero cuando el dueño tiene noticia de que alguna autoridad se

dispone á visitarlas, despide interinamente á los inquilinos y oculta los cobertizos.

—Es un hombre—añadió—que va á medias con el cólera.

2 Agosto 1885

La Guindalera

Aquellos lectores de *El Liberal* que por curiosidad ó capricho hayan tenido la condescendencia de acompañarnos en la penosa peregrinación emprendida por los alrededores de Madrid, habrán podido observar que en las anteriores excursiones hemos llevado nuestros pasos por bueno ó mal camino, pero por camino directo, en en fin, que nos ha conducido seguramente y sin la menor vacilación al punto de nuestras investigaciones.

Hoy, francamente lo confesamos, nos vemos perplejos para fijar previamente

una dirección que conduzca sin inútiles rodeos á un lugar del que todo el mundo habla en la córte, pero del cual tiene la mayoría de los cortesanos noticias tan vagas que de seguro será muy reducido el número de los que lleguen hasta él sin titubear, una vez resueltos á visitarlo y desde el momento en que se alejen cincuenta metros del casco de la villa.

Sin tener la pretensión de desempeñar el papel de *Guía del madrileño forastero en Madrid*, vamos hoy á procurar que nuestros benévolos lectores lleguen con la menor fatiga posible á *La Guindalera*, tarea menos sencilla de lo que pueda parecer de primera intención.

Dícese vulgarmente que *por todas partes se va á Roma*, y algo semejante sucede respecto á *La Guindalera*, pues hay medios de llegar á este arrabal por diferentes senderos que tienen su arranque en la carretera de Aragon, por el camino-barranco del *Arroyo Abroñigal*, en las inmediacio-

nes de las *Ventas del Espiritu-Santo*; por la extremidad de las calles de Lista y Claudio Coello y por otra, trazada en el pensamiento municipal, que no es completamente imaginaria por existir el terreno, erial y accidentado, que sabe Dios cuándo tendrá las apariencias, siquiera, de vía de comunicación.

Pues con tantos caminos para llegar á *La Guindalera*, lo cierto, lo indiscutible es que no hay absolutamente ninguno: el barrio, que está casi lindando con el de Salamanca, es decir, lo más moderno, lo más correcto, lo más ámplio y quizás lo más bello de Madrid, se halla incomunicado, pues no son viables, ni accesibles, ni decentes siquiera, los senderos tortuosos y llenos de baches y profundas zanjas que lo enlazan con la coronada villa.

La vía menos mala es la que se halla al final de la calle de Claudio Coello y que conduce más directamente todavía al *Barrio de la Prosperidad*, situado á la iz-

quierda y á corta distancia del de *La Guindalera*.

Este arrabal está asentado en la meseta de una colina, á la parte exterior del perímetro del ensanche y es tal vez el único, en los alrededores de Madrid, que arreglando las rasantes y alineaciones de sus calles de una manera metódica, ha obtenido la forma de un tablero de ajedrez, que tiene por base la línea exterior del paseo de circuito.

Entrando por la calle de Claudio Coello, en la que incomodamente lleva á *La Guindalera*, se dejan á la derecha, la magnífica escuela de niños de *El Corazón de Jesús*, que estuvo establecida en la calle de Atocha; á la izquierda el convento de monjas construído sobre terrenos que al efecto cedió generosamente el Sr. Maroto, y al fondo, más á la izquierda todavía, el magnífico *Asilo de las Mercedes*.

Enfrente, y algo á la derecha del erial, están las *Casas de Rico*, grupo de elegantes

edificios modernos, algunos de ellos en construcción, que casi por sí solos constituyen un barrio al final de la calle de Castelló.

Por cierto que el propietario tuvo que sostener un pleito, que ganó, para evitar que pasara por sus terrenos el canalillo; y bien puede agradecer á los tribunales de justicia aquella recta sentencia, pues en *La Guindalera* los infelices dueños de tierras expropiadas para dar paso á la atarjea, no sólo no han sido indemnizados todavía, pero ni siquiera han conseguido que se verifique la medición para saber á ciencia cierta el importe de lo que inútilmente reclaman al Estado.

Las *Casas de Rico* han sido edificadas sobre el terreno que ocupó un tejár del mismo señor: en él, es decir, en el tejár se quemaron algunos millones de ladrillos destinados á la construcción del *Asilo de las Mercedes*, siendo preciso autorizar la operación por real orden, por oponerse á

ello en aquel lugar las Ordenanzas municipales.

Poco más allá del *Asilo* se descubre el *Hotel de Singer*, ó sea la *Fábrica de Pollos*, acepción que dispensarán nuestros lectores cuando sepan que en dicho edificio hay establecidas varias máquinas incubadoras destinadas á producir artificialmente aquellos sabrosos bípedos.

Dejando á la izquierda la senda que conduce á *La Prosperidad*, que tiene su arranque entre las *Casas de Rico* y el *Hotel de Singer*, y siguiendo la línea de éste, descúbrese que al lado mismo del edificio y aprovechando las ondulaciones del terreno han formado las aguas llovedizas seis ó siete charcas, ni pequeñas, ni limpias, sobre las que giran, como emanaciones visibles, inmensas bandas de mosquitos.

El panorama desde aquel punto es muy agradable, pues de una ojeada, y describiendo una extensa curva, se abarcan desde *Tetuan* y los *Cuatro Caminos*, el barrio